

DOCUMENTO DE TRABAJO. S2010 / 03

Familia y socialización política. La transmisión intergeneracional de las preferencias políticas

ANTONIO M. JAIME CASTILLO



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

El Centro de Estudios Andaluces es una entidad de carácter científico y cultural, sin ánimo de lucro, adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía.

El objetivo esencial de esta institución es fomentar cuantitativa y cualitativamente una línea de estudios e investigaciones científicas que contribuyan a un más preciso y detallado conocimiento de Andalucía, y difundir sus resultados a través de varias líneas estratégicas.

El Centro de Estudios Andaluces desea generar un marco estable de relaciones con la comunidad científica e intelectual y con movimientos culturales en Andalucía desde el que crear verdaderos canales de comunicación para dar cobertura a las inquietudes intelectuales y culturales.

Las opiniones publicadas por los autores en esta colección son de su exclusiva responsabilidad

© Autor

© 2010 Fundación Centro de Estudios Andaluces. Consejería de la Presidencia. Junta de Andalucía. Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

S2010/03

Familia y Socialización Política.

La Transmisión Intergeneracional de las Preferencias Políticas

Antonio M. Jaime-Castillo*

Centro de Estudios Andaluces

Universidad de Granada

RESUMEN

Los análisis pioneros sobre socialización política de los años sesenta y setenta, que comenzaron en la Universidad de Michigan, trataban fundamentalmente de explicar el origen de las identificaciones partidarias, lo que llevó a los investigadores a destacar el papel de la familia como principal agente de socialización política (Davies 1965; Renshon 1977). No obstante, en las décadas inmediatamente posteriores el interés científico se desplazó hacia otros agentes de socialización, al tiempo que el propio modelo de socialización política (al menos en la versión Michigan) cayó en cierto descrédito. Más recientemente, con el cambio de siglo, se ha producido un renovado interés por la transmisión intergeneracional de actitudes políticas, debido en parte a la recepción de aportaciones procedentes de otras disciplinas y la aplicación de nuevos enfoques. En este trabajo se hace un recorrido histórico por las principales escuelas que se han ocupado del papel de la familia como agente de socialización política, para abordar posteriormente el impacto de los cambios en las estructuras familiares sobre la socialización política familiar.

Palabras clave: socialización política, familia, preferencias políticas.

- E-mail: amjaime@ugr.es
- Una versión preliminar de este trabajo fue presentado en el III Congreso del Comité de Investigación en Sociología Política (CISP) "cambio Social y Socialización Política en la Sociedad del Conocimiento", celebrado en Bilbao en septiembre de 2006. el autor agradece los comentarios y sugerencias de los asistentes al congreso, especialmente a Benjamín Tejerina e Iñaki Martínez de Albéniz (Universidad del País Vasco). Igualmente agradecer las aportaciones de Patricia Pesquera (CEACS y Oxford University). No obstante, los errores y omisiones son de la exclusiva responsabilidad del autor.

1. Introducción

En su breve tratado de Psicología Política, señala Jon Elster que “la psicología política no puede limitarse a describir los efectos que producen las creencias y los deseos en las acciones individuales y por consiguiente en los procesos sociales. Debe concentrarse además en los mecanismos mediante los cuales se formaron esas creencias y esos deseos” (Elster, 1993: 22). Una de las explicaciones habituales al origen de las creencias y las preferencias políticas la da el enfoque de la socialización política, según el cual las actitudes políticas se forman a través del proceso de socialización. Partiendo de la idea de que las ideas políticas centrales se adquieren a edades relativamente tempranas (Easton y Dennis, 1967), los primeros estudios de socialización política se centraron en esos primeros periodos vitales en los que la familia ejerce una enorme influencia sobre el desarrollo político del individuo. Y así la familia de origen se convirtió en la principal explicación de las actitudes políticas de los individuos. Esto es lo que Lane (1959), formuló en términos político-biológicos como la “ley de Mendel de la política”: los hijos heredan las actitudes políticas de los progenitores. Desde entonces, la investigación empírica comparada ha venido confirmando una elevada correlación entre las posiciones políticas de los padres y los hijos en muy diferentes contextos (aun con algunas matizaciones importantes sobre las que volveré más adelante). No obstante, a pesar de la evidencia empírica acumulada, la explicación de la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas sigue planteando problemas interpretativos importantes que constituyen el núcleo del debate sobre la relación entre socialización política y familia.

Conviene aquí recordar el principio epistemológico de que la presencia de correlación no implica una relación de causalidad entre dos fenómenos, porque, en principio, caben diversas interpretaciones rivales de por qué padres e hijos pueden tener las mismas actitudes políticas. Puede ser que en la privacidad de los hogares, los padres adoctrinen de manera feroz a sus hijos, o que los hijos imiten los comportamientos de los padres por propia voluntad, o es posible que actúen mecanismos psicológicos más sutiles. Más aún, es posible que no exista un proceso de transmisión directo, sino que padres e hijos compartan las mismas actitudes políticas porque comparten un mismo medio social, lo cual implicaría adoptar un modelo teórico sobre la génesis de las preferencias políticas radicalmente opuesto al de la socialización política. Lo cierto es que aún hoy, después de cuatro décadas de investigación en este campo, disponemos de poca información sobre los mecanismos que explican la concordancia intergeneracional de actitudes políticas.

Los primeros estudios de socialización política en la década de 1960 acep-

taron de forma más o menos acrítica que existía un proceso de transmisión intergeneracional de las preferencias políticas en el interior de la familia y se centraron, fundamentalmente, en la verificación empírica de las correlaciones de actitudes o comportamientos entre padres e hijos. No obstante, para mediados de la década de 1980, la crítica a los fundamentos teóricos del modelo clásico de socialización política, los sesgos ideológicos asociados con este planteamiento y algunas debilidades metodológicas de los estudios precedentes, produjeron una crisis en el paradigma de la socialización política familiar, cuyo resultado fue una pérdida del interés académico por el tema. Más recientemente, con el cambio de siglo, se ha producido una vuelta de atención sobre la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas, gracias en parte a la incorporación de aportaciones procedentes de otras disciplinas y la aplicación de nuevos enfoques (Achen, 2002; Alford, Funk y Hibbing, 2005; Bisin y Verdier 2001; McDevitt, 2005; Sapiro, 2004; Sears y Valentino 1997; Sigel, 1995; Westholm, 1999; Zuckerman, Dasovic y Fitzgerald, 2005).

En lo que resta, este trabajo se organiza como sigue. En primer lugar se presentará el modelo clásico de socialización política, en el que se da origen a la investigación sobre las relaciones entre familia y orientaciones políticas, presentando sus puntos de partida esenciales y haciendo un breve recorrido por los principales hallazgos empíricos. También se hará mención a las principales cuestiones y debates abiertos en torno al modelo clásico de socialización política. Posteriormente se tratarán los contenidos de la socialización política dentro de la familia, una de las cuestiones claves dentro del modelo clásico. A continuación, se presenta el modelo de determinación social de la identidad política, en el que se planteará una interpretación alternativa de los procesos de socialización política familiar. Posteriormente se tratan los mecanismos psicológicos que operan en el proceso de aprendizaje de las preferencias políticas en el seno de la familia, desde las aportaciones de la psicología cognitiva contemporánea y algunos otros enfoques alternativos. El siguiente apartado tratará del enfoque de la racionalidad limitada en el que las preferencias políticas se explican como consecuencia de los procesos de aprendizaje a través de redes de información política. Finalmente, se plantearán algunas cuestiones importantes en torno los cambios en la familia contemporánea y su impacto potencial sobre la socialización política familiar. Se analizará aquí la influencia de la estructura familiar sobre el aprendizaje de las preferencias políticas así como la influencia recíproca entre los miembros de la familia (tanto entre los cónyuges como entre generaciones sucesivas).

2. Socialización política y familia en la “escuela de Michigan”. Los orígenes

El tema de la socialización política familiar había sido tratado ya en los años treinta y cuarenta del siglo XX por autores como Merriam (1931), que analizó la formación de las actitudes cívicas, o los trabajos de la Escuela de Frankfurt sobre el autoritarismo en los que se aborda la influencia de la familia sobre la formación de las actitudes políticas desde un punto de vista psicoanalítico (Adorno, 1950; Fromm, 1942). No obstante, Hyman (1959) es el primer autor en utilizar el término “socialización política” al darle este título a una obra de finales de los años cincuenta en Estados Unidos y es también el primero en destacar explícitamente el papel de la familia como agencia de socialización política. En sentido general, el interés inicial por el proceso de socialización política estuvo muy vinculado con el interés en la familia como institución socializadora y al descubrimiento de su relevancia política por parte de la Ciencia Social. Davies (1965) o Renshon (1977) estuvieron entre los autores para quienes la familia era el agente de socialización más importante, si bien Hess y Torney-Purta (1967) señalaban que en Estados Unidos la escuela era la agencia esencial de socialización política y otros como Jennings y Niemi (1981) subrayaron, después de un examen crítico de la evidencia empírica, que sin restar importancia al papel como agente socializador de la familia, la suma de efectos directos e indirectos sobre las actitudes políticas de las nuevas generaciones era menor de lo que generalmente es asumido.

Para autores como Lane (1959), el principio motor de la formación de las preferencias políticas es la herencia de las lealtades y creencias políticas, la cual opera a través de tres modos esenciales: en primer lugar, a través del adoctrinamiento directo de valores y creencias por parte de los padres. En segundo lugar, por el hecho de que la herencia familiar sitúa a los hijos en un determinado contexto social, que determina una cierta pertenencia étnica, una posición de clase y un ambiente local. Por último, a través del modelo de relaciones que los padres establecen con sus hijos, con el predominio de un estilo de crianza u otro, el cual influirá las actitudes y comportamientos futuros de los hijos. La importancia de la familia en el proceso de socialización política está íntimamente ligada con la prioridad temporal, pues como subrayan Dowse y Hughes, “la primera etapa de la socialización en todas las sociedades suele tener lugar dentro de la familia o en el marco del grupo de parentesco o iguales” (Dowse y Hughes, 1972: 231). De aquí se derivan los conocidos principios de “primacía” (Searing, Wright y Rabinowitz, 1976) y

“estructuración” (Searing, Schwartz y Lind, 1973).

Según el principio de primacía, lo que se aprende primero se retiene durante más tiempo. Y según el principio de estructuración, lo aprendido primero moldea el aprendizaje posterior, a través de esquemas mentales que se han aprendido en la primera socialización. Teóricamente existen además otros buenos argumentos para sostener la influencia de la familia como agencia de socialización política. Siguiendo a Beck (1977), la influencia de los padres sobre los hijos vendría determinada por el alto grado de exposición, la comunicación fluida y la alta receptividad entre los agentes del proceso. Consecuente con esta visión, es la atención original centrada en la socialización infantil en la que la transmisión de actitudes políticas se produce fundamentalmente a través de la familia. En cierto sentido, señala Merelman (1986), es como si las viejas generaciones fueran depositarias de saberes que han de transmitir a las nuevas generaciones.

La inclinación de los estudios de los años sesenta por la socialización política tiene mucho que ver con el predominio del enfoque behaviorista en las Ciencias Sociales (Renshon, 1977), encontrando su principal justificación en el estudio de la “cultura cívica” de Almond y Verba (1963) y en la teoría de sistemas de Easton (1965). Del enfoque de la “cultura cívica” se deriva una concepción culturalista de la política y una visión hipersocializada de los actores políticos, en la que el proceso de socialización política cumple la función de reproducción de las pautas de la cultura política. Del enfoque sistémico proviene la preocupación por los orígenes de los apoyos difusos al sistema político y, desde esta perspectiva, la familia se convierte en una instancia de producción consenso y legitimidad del orden socio-político (Sapiro, 2004). A nivel teórico, los primeros estudios de socialización política están estrechamente vinculados con tres corrientes teóricas del momento en diferentes áreas de las Ciencias Sociales: la teoría de la identificación partidaria de la Ciencia Política, el funcionalismo sociológico y la teoría del aprendizaje en Psicología (Jaime Castillo, 2000).

Según la teoría de la identificación partidaria, originada en la “escuela de Michigan”, la explicación última del comportamiento electoral reside en la identificación partidaria, entendida ésta como una predisposición actitudinal profunda hacia un partido político concreto. La identificación tiene un triple componente: cognitivo (conocimiento del programa político del partido), afectivo (simpatía hacia el partido) y comportamental (votar al partido en las elecciones). Las afinidades hacia los partidos políticos, al igual que otras actitudes políticas básicas, se desarrollan a través del aprendizaje, por lo que la socialización primaria ejerce una gran influencia sobre nuestro comportamiento político adulto (Campbell et al., 1960). Aunque no se niega la

posibilidad de resocialización política en la etapa adulta, las actitudes políticas tienden a “cristalizar” con el paso del tiempo, de forma que lo que se ha aprendido en la familia constituye una herencia con una enorme influencia sobre el comportamiento político a lo largo de toda la vida adulta.

Respecto de la influencia del estructural-funcionalismo, puede decirse que, en cierto sentido, el enfoque de la “escuela de Michigan” es una continuación en el ámbito político del enfoque funcionalista sobre el proceso de socialización (Benedicto, 1995). Dentro del esquema AGIL de Parsons, éste atribuyó a la familia la función sistémica de la “latencia”, una función encargada de la reproducción de las pautas culturales que sirven de legitimación al orden social. Así pues, la familia es una institución funcional (y por tanto necesaria) en las sociedades modernas porque el individuo adquiere las normas y valores que sostienen el sistema social en la familia de origen (Parsons y Bales, 1955). Difícilmente cabe exagerar la importancia que Parsons atribuía a la familia, debido al conocido énfasis de las teorías funcionalistas en la prioridad de los valores como fuente del consenso normativo, base de todo sistema social. En el mundo parsonsiano, socialización significa básicamente reproducción del orden establecido, lo cual tiene como consecuencia la estabilidad en el funcionamiento de las instituciones socio-políticas. De esta forma, la familia juega un papel más bien conservador del orden social, asegurando la transmisión de los valores políticos básicos a través de la sucesión de generaciones. Por otro lado, el enfoque de Parsons es marcadamente psicológico, ya que el aprendizaje es de carácter individual y tiene lugar en las primeras etapas de la infancia y primera adolescencia. Finalmente, es un enfoque marcadamente culturalista, de forma que lo que se aprende o transmite son valores y creencias, que luego dan lugar a comportamientos (Direzzo, 1977).

La influencia de las teorías del aprendizaje en el proceso de socialización política llega a través del modelo piagetiano del desarrollo cognitivo (Piaget y Gabain, 1932) y la teoría del aprendizaje social de Bandura (1977). Partiendo de estas bases, Kohlberg (1981) elaboraría una teoría del desarrollo moral, en la que la socialización política es vista como un proceso de aprendizaje en el que el niño va adquiriendo conocimiento y afectos (positivos o negativos) hacia los diferentes elementos que conforman el sistema político. No obstante, la relación entre cognición y afecto es compleja. El punto de partida es que para que pueda producirse la socialización política es preciso que exista un nivel de desarrollo cognitivo mínimo en el niño que le haga capaz de entender el significado de algunos objetos políticos. Por una parte, parece claro que el desarrollo moral, por el que el niño aprende a distinguir el bien del mal, es bastante más lento que el desarrollo cognitivo. Y por

otra parte, el desarrollo moral se produce en gran medida en relación con el entorno social y a través del aprendizaje de roles. Más problemático aún es entender la relación entre desarrollo cognitivo, desarrollo moral y desarrollo de la conciencia política. Adelson (1971), por ejemplo, señala que el desarrollo de la conciencia política depende más del grado de desarrollo cognitivo que del grado de desarrollo moral.

Easton y Dennis (1969), claramente inspirados en Piaget, distinguieron cuatro fases en el desarrollo de la personalidad política: (i) la fase de la politización en la que los niños comienzan a ser conscientes de que existen autoridades externas más allá del ámbito de la familia; (ii) la fase de personalización en la que los niños personalizan las instituciones a través de figuras políticas con el fin de entenderlas; (iii) la fase de idealización en la que los niños idealizan a las figuras políticas; y (iv) la fase de institucionalización en la que los niños son capaces de comprender la naturaleza de las instituciones más allá de las personas concretas que las representan. El modelo de Easton y Dennis, sin embargo, no tiene en cuenta el carácter interactivo del proceso de socialización, dado que no conectan el proceso de desarrollo de la personalidad política del niño con los mecanismos de transmisión que los padres utilizan de manera deliberada o inconsciente.

Un enfoque alternativo es el de Hess y Torney-Purta (1967), quienes especificaron tres modelos básicos de aprendizaje de las actitudes políticas, que van desde los mecanismos de transmisión más explícitos hasta los mecanismos más sutiles. De acuerdo con el “modelo de acumulación”, la transmisión tiene lugar de forma explícita cuando los padres de manera deliberada transmiten a los hijos actitudes y valores que consideran deseables. En el “modelo de identificación”, la transmisión no es deliberada por parte de los padres, sino que los hijos emulan o imitan el comportamiento de los padres, dado que estos son un modelo o referente para los primeros. El tercer “modelo de transferencia interpersonal” es un mecanismo implícito, a través del cual los individuos extrapolan las experiencias de relación social aprendidas en la familia a otros objetos de orientación política. Los autores apuntaron un cuarto “modelo de desarrollo cognitivo” en el que se entiende la socialización política como un proceso de aprendizaje cognitivo. Existen ciertos conceptos e ideas que para ser aprendidos requieren un determinado nivel de desarrollo en el niño. Conforme el niño madura, su identidad se va reforzando dentro del grupo, el niño empieza a dirigirse a los demás en términos de las normas del grupo y de su propia posición dentro del grupo. Este aspecto del desarrollo cognitivo del niño tendría una importancia fundamental en el proceso de socialización política.

Hess y Torney-Purta (1967) concluían que el modelo de transferencia in-

terpersonal es útil fundamentalmente para entender cómo se produce la primera aproximación del niño a la política. El modelo de acumulación tendría su utilidad esencial para explicar la contribución de las instituciones educativas en la adquisición de conocimientos sobre el universo político. El modelo de identificación podría ser mejor para explicar la identificación con los partidos políticos, mientras que el modelo de desarrollo cognitivo sería el más indicado para entender cómo los niños forman y elaboran los conceptos políticos más sofisticados, a partir del conocimiento político previo. De acuerdo con Hess y Torney-Purta, la socialización política en la familia sirve más al propósito de mantener ideas consensuadas por la comunidad, antes que a la inculcación de ideas idiosincrásicas.

De forma paralela al interés teórico por la socialización política familiar, en este periodo florecen los estudios empíricos sobre la socialización política en el seno de la familia. El estudio de Greenstein (1965) sobre familias norteamericanas aportó evidencia empírica sólida para sostener la hipótesis de la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas. Según comprobó, los niños tenían la capacidad de definirse como “demócratas” o “republicanos” a edades muy tempranas, incluso aunque su nivel de información sobre política fuera muy reducido. El estudio de Greenstein encontró, además, que apenas un número bastante bajo de niños se identificaban con un partido distinto a aquel con el que se identificaban sus padres. No obstante, los datos aportados por el autor también revelaron que los estudiantes tenían un grado de identificación ideológica más débil que sus padres (Jennings y Niemi, 1968).

Jennings y Niemi (1968) introducen algunos refinamientos importantes en el modelo de la transmisión intergeneracional. La primera idea es que el éxito en la transmisión de las lealtades partidistas está en función del grado de politización del hogar. En aquellos hogares donde se discutía frecuentemente de política era más probable que los hijos tuvieran las mismas actitudes que los padres. Otra cuestión importante es que la transmisión es más difícil cuando uno de los padres no tenía adscripción partidaria y aún más difícil si cada uno de los padres era afín a un partido distinto. En un estudio similar Tedin (1974), halló que existía un alto grado de correspondencia entre las lealtades partidistas de los padres y los hijos, pero que las correlaciones eran bastante menores al analizar las orientaciones políticas específicas, tales como las preferencias por la redistribución, las cuestiones raciales u otros temas relevantes. Tedin (1974) concluía que el proceso de transmisión intergeneracional de las preferencias políticas estaba mediado por el grado de interés en cada materia concreta. De esta forma, si los padres están altamente interesados por la política económica, la correlación

entre las preferencias de política económica de padres e hijos podría ser explicada por la influencia de los padres. Por el contrario, en aquellos ámbitos en los que el grado de interés paterno es menor, las correlaciones esperadas deberían ser menores, o al menos no existiría garantía de que se deban a la influencia paterna.

A pesar de la evidencia empírica acumulada durante este periodo, el conocimiento sobre la forma en la que las normas políticas son transmitidas en el seno de la familia es bastante limitado. A la altura de la década de 1970, el modelo de análisis político propuesto por la “escuela de Michigan” comienza a acusar los síntomas de una crisis que más tarde se hará evidente. Problemas teóricos y metodológicos, así como los cambios en las pautas de comportamiento electoral en el público norteamericano hacen que algunos de sus puntos básicos comiencen a ser puestos en entredicho, al tiempo que se extienden con fuerza en la Ciencia Política norteamericana los postulados del modelo *rational choice*, contradice en puntos importantes al enfoque clásico de la socialización política. En el enfoque *rational choice*, el origen de las preferencias políticas no son ya predisposiciones psicológicas profundas heredadas, sino cálculos de utilidad individual sobre los beneficios que reporta el programa político de cada partido.

En este periodo comienza un proceso de revisión del modelo clásico de socialización, que se traduce en la introducción de nuevas preguntas y temas de investigación, al tiempo que se revisan y ponen en duda algunos de los resultados empíricos previos (Niemi y Sobieszek, 1977; Prewitt, 1975). Entre las nuevas cuestiones que empiezan a ser tratadas en este periodo destacan los factores contextuales asociados al proceso de socialización política en la familia, la comunicación política (Tedin 1974), el efecto de la estructura de las familias (Beck y Jennings, 1975; Davies, 1965; Niemi, 1973), o la influencia del ciclo vital en la correlación entre las posiciones políticas de padres e hijos, extendiendo así el interés de la socialización política más allá de la adolescencia y primera juventud (Markus, 1979).

Desde el punto de vista empírico, las investigaciones de finales de los años sesenta empezaron a revelar una correlación más débil en las preferencias políticas intergeneracionales (Hess y Torney-Purta, 1967; Jennings y Niemi, 1968), lo que llevó a Connell (1972) a realizar una revisión de los trabajos anteriores, en la que mostró que muchas de las elevadas correlaciones que se habían encontrado en la década precedente se debían a deficiencias metodológicas importantes. Jennings y Niemi (1968) arrojaron ciertas dudas sobre la visión convencional de que los padres transmiten sus actitudes políticas a los hijos de forma un tanto mecanicista. Pusieron de manifiesto que la transmisión de actitudes variaba considerablemente según el tipo de

actitudes, siendo de más difícil transmisión las orientaciones de mayor calado que las orientaciones efímeras. Pero también existían importantes factores contextuales que afectaban a la calidad de la transmisión, tales como los climas de opinión o las propiedades del sistema de partidos. De la misma forma, investigaciones posteriores señalaron la importancia de las pautas de comunicación en el seno de la familia en el proceso de transmisión de actitudes políticas (Jennings, 1983). Beck y Jennings (1991) muestran igualmente que la influencia de la socialización política familiar depende no sólo del grado de politización del hogar, sino también del entorno político de cada generación, produciéndose un efecto de interacción entre ambas variables, de forma que los hogares más politizados son más eficaces en los procesos de socialización en tiempos de elevada actividad política.

A mediados de los ochenta puede hablarse ya de crisis de los estudios de socialización política (Merelman, 1986). Rosenberg afirmaba que “después de un periodo de rápido avance, la investigación en comportamiento político se ha estancado” (Rosenberg, 1985: 715). En opinión de este autor, la crisis era el producto de los inadecuados fundamentos sociológicos sobre los que se había edificado el paradigma de la socialización política familiar, tanto en los métodos de recolección de datos, la descripción de los actores políticos y la explicación de la acción política. No obstante, a pesar de la pérdida de interés académico, los estudios de socialización política no son abandonados totalmente. Más recientemente, en el curso de la última década, se asiste a una revitalización de los estudios de socialización política familiar, aun cuando se intentan superar muchas de sus críticas teóricas y metodológicas originales, se introducen nuevas perspectivas y se plantean nuevas metodologías en el estudio de los procesos de socialización (Hepburn, 1995; Sigel, 1995).

3. Los contenidos de la socialización política familiar

La cuestión de los contenidos de la socialización política familiar es una cuestión que suscita polémica en el paradigma clásico. Los primeros estudios de socialización política asumen que lo que se aprende en la familia son actitudes políticas básicas: orientaciones de autoridad (Easton y Dennis, 1969) e identificaciones partidarias (Dawson y Prewitt, 1968). En opinión de Renshon (1977), sin embargo, los estudios clásicos de socialización política tratan la familia como una caja negra, como una correa de transmisión cuyos mecanismos de funcionamiento han preocupado poco a los investigadores tra-

dicionalmente. Para Renshon, lo que los niños aprenden a edades tempranas no son orientaciones hacia la autoridad o identificaciones partidistas, sino creencias políticas básicas, que son las que estructuran el universo político de los individuos en su vida adulta. Según este autor, el grado de aprendizaje de estas creencias políticas básicas está relacionado con las dimensiones básicas de funcionamiento de la familia. Así, la estructura de autoridad de la familia, la distribución del poder de toma de decisiones, la forma de sancionar (y castigar) el cumplimiento (incumplimiento) de las normas, además de la dimensión emocional de la familia son elementos clave para entender cómo se produce el aprendizaje de esas creencias básicas.

Dado que los estudios clásicos, llevados a cabo en Estados Unidos, se centraron en la transmisión de las identificaciones partidarias, algunos elementos centrales del modelo debieron adaptarse a contextos políticos diferentes cuando estos estudios trataron de replicarse en otros países, especialmente en aquellos con sistemas políticos multipartidistas. Así por ejemplo, en países como España o Francia, es conocida la debilidad de las identificaciones partidistas, dado que las afinidades políticas se dirigen más bien hacia alguno de los lados de la escala derecha-izquierda, antes que a partidos políticos concretos. Igualmente, en países como Holanda o Japón, donde los ciudadanos tienden a identificarse con partidos, esta identificación raramente se dirige hacia un solo partido, sino que suele dirigirse hacia dos o más partidos próximos ideológicamente entre sí (Ventura 2001).

Un estudio internacional llevado a cabo en Estados Unidos, Holanda, Gran Bretaña, Alemania Occidental y Austria en 1974 permitió comprobar algunas diferencias transnacionales en los procesos de socialización política familiar (Barnes y Kaase 1979). Las correlaciones más altas entre las afinidades ideológicas de padres e hijos fueron halladas en Austria, con un sistema bipartidista bastante polarizado, al tiempo que las más bajas se daban en Holanda, un país con un sistema multipartidista bastante complejo. También resulta ilustrativo el estudio dirigido por Percheron en 1975 en Francia, dadas las particularidades del sistema de partidos francés, que había sido tomado habitualmente como contra-ejemplo de las tesis de la estabilidad intergeneracional de las preferencias políticas que defendía el modelo clásico de socialización política. Sobre la base de los resultados de este estudio, Percheron y Jennings (1981) trataban de refutar la tesis de Converse y Dupeux (1962), entre otros muchos, de que el sistema de partidos francés era inestable debido a la ausencia de transmisión intergeneracional de afinidades ideológicas. No obstante muchos de sus hallazgos podrían ser extrapolables a países con sistemas de partidos similares.

Percheron y Jennings (1981) afirman que la dimensión más saliente del

sistema de partidos francés es la dimensión derecha-izquierda, y por tanto, es la que más posiblemente puede generar sentimientos de atracción por parte de los jóvenes. Entre las razones apuntadas está la complejidad del sistema de partidos francés, que es producto del cambio de siglas de los partidos antes que al número de partidos en sí mismo. Esto hace que la identificación con los partidos per se sea complicada y que la forma de identificación política dominante esté referida al eje derecha-izquierda. Sin embargo, a juicio de los autores, ello no implica que las preferencias políticas de los franceses sean más inestables que en otros países occidentales. Dichas preferencias tienen raíces históricas profundas, que pueden remontarse al periodo revolucionario en muchas regiones del país. En segundo lugar, el cleavage político derecha-izquierda se ha mantenido estable en Francia desde el periodo revolucionario, dividiendo a los republicanos frente al resto, a pesar de que las siglas que encarnan una y otra tendencia hayan ido cambiando a lo largo del tiempo. Por último, la divisoria derecha-izquierda también está relacionada con factores religiosos del comportamiento electoral, ya que mientras los católicos tienden a votar a la derecha, el resto de grupos minoritarios tienden a votar a la izquierda.

Los autores reconocen que si bien es lógico esperar una transmisión de la identificación partidaria en sistemas bipartidistas como el norteamericano, el británico, e incluso el alemán, no lo es tanto en un sistema como el francés. En este segundo tipo de países, la identificación política se forma en torno al concepto de derecha-izquierda, sin que la identificación con un partido concreto juegue un papel determinante. Por este motivo es necesario recurrir a la posición ideológica de padres e hijos con el fin de estudiar la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas. Y en efecto, la correlación entre la posición ideológica de padres e hijos en Francia era similar al de otros países como Italia u Holanda, al tiempo que esas continuidades estaban enraizadas, en gran medida “en la perpetuación de las tradiciones familiares” (Percheron y Jennings, 1981: 423). No obstante, esta vía de solución al problema también abre nuevas preguntas sobre el proceso de socialización política desde un punto de vista más amplio.

Aceptando como buena la interpretación de Percheron y Jennings (1981) ha de reconocerse que el proceso de socialización política es como mínimo dependiente del contexto. Un problema adicional es que, tal como apuntan Westholm y Niemi (1992), Percheron y Jennings pasan por alto las elevadas correlaciones entre la identificación partidaria de padres e hijos en países en los que la transmisión ideológica derecha-izquierda es común, lo que abre la cuestión espinosa de la relación entre identificación partidaria y preferencias ideológicas, altamente sensible al contexto, como es bien sabido. Westholm y

Niemi (1992), por el contrario, tratan de explicar la conexión entre el sistema de partidos y los contenidos de la socialización política en base a la transmisión ideológica. En sistemas multipartidistas estables las orientaciones ideológicas son transmitidas directa e indirectamente (a través de la identificación partidaria). En sistemas multipartidistas inestables las orientaciones ideológicas son transmitidas únicamente de forma directa. Y en sistemas bipartidistas existe muy poca transmisión de orientaciones ideológicas, dado que estas están subsumidas en la preferencia por uno de los dos partidos dominantes. No obstante, la transmisión intergeneracional de la posición ideológica derecha-izquierda plantea algunos problemas adicionales, que los autores no abordan directamente.

Numerosos estudios han mostrado que los individuos utilizan los términos derecha-izquierda más como formas de organización e interpretación del mundo político, que como guías directas de la acción política (Inglehart y Klingemann, 1976; Shively, 1979). Más aún, existe una débil relación entre la identificación con un lado del eje derecha-izquierda y el universo de las preferencias políticas del individuo (Converse 1964). El problema de fondo, como señala Ventura (2001), es que la investigación sobre socialización política se ha centrado muy poco en investigar cuáles son los mensajes específicos que transmiten los padres a los hijos. La inmensa mayoría de la investigación se ha centrado en la transmisión de grandes cosmovisiones políticas, pero falta por desgranar cuál es el detalle de esos mensajes. Desde un punto de vista teórico más amplio, se hace patente la indefinición de algunos conceptos habitualmente manejados dentro la corriente de la “escuela de Michigan”. Tal es el caso del concepto de identificación partidaria, cuyo sentido y significado concreto resulta difícil de hacer operativo, especialmente cuando lo miramos desde un punto de vista comparativo.

4. La transmisión intergeneracional de actitudes políticas a través de la herencia del status familiar

El modelo de socialización basado en la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas no estuvo nunca exento de críticas. A pesar de la hegemonía del enfoque clásico en las décadas de los cincuenta y sesenta, algunas visiones alternativas cuestionaban dicho modelo explicativo sobre la génesis de las preferencias políticas. Así por ejemplo, Goldberg (1969) y Butler y Stokes (1974) presentaron evidencia empírica para el Reino Unido de que la transmisión de orientaciones políticas por parte de la familia

se producía de forma indirecta, dado que era el entorno social de la familia el factor que condicionaba la formación de dichas orientaciones, si bien Abramson, analizando los mismos datos, subrayaba que los votantes que no votaban según un esquema de clase, votaban de acuerdo con las preferencias políticas de los padres (Abramson, 1972; Abramson y Books, 1971). Otros autores como Jennings y Niemi (1974) reconocieron también que el status socioeconómico de la familia ejercía una influencia importante sobre el set de posibilidades de elección de las futuras generaciones, aunque estos autores señalaban que la enorme variabilidad dentro del mismo grupo de status socioeconómico es tan grande que no podría ser analizada como una variable informativa en el estudio de la socialización política familiar.

Como ya se ha señalado, la correlación intergeneracional de las preferencias políticas no implica necesariamente un mecanismo explícito de transmisión actitudinal. Dos explicaciones alternativas a la correlación intergeneracional podrían utilizarse. En primer lugar, desde un punto de vista macro-estructural, la similitud entre padres e hijos puede explicarse como el resultado de factores sociales compartidos por la herencia del status socioeconómico, antes que por un proceso de socialización exitoso (Glass, Bengtson y Dunham, 1986). De esta forma, el éxito del proceso de socialización no sería la transmisión de unas actitudes psicológicas, sino la transmisión de una raza, una posición social, una religión y otras variables relevantes que moldean el proceso de formación de actitudes (Acock, 1984). En segundo lugar, desde un punto de vista micro-sociológico, los hijos pueden formar actitudes similares a las de los padres por razones puramente utilitaristas, dado que la correlación entre la posición social de padres e hijos determina también la correlación de intereses individuales (Achen, 1992; Achen, 2002).

Buena parte de las críticas a la idea de la identificación partidaria y su transmisión entre generaciones a través del aprendizaje, han venido del paradigma *rational choice*, el cual sostiene una teoría radicalmente opuesta sobre la génesis de las preferencias políticas (Downs, 1957). En una democracia downsiana las preferencias políticas y el comportamiento electoral vienen determinados por cálculos de utilidad en los que la herencia política paterna deja de ser un elemento central. Así pues, las decisiones de voto son el producto de la interacción entre oferta y demanda en el mercado político, de forma parecida a lo que ocurre en el mercado de bienes y servicios.

Achen es uno de los autores que reelabora estas ideas para desarrollar una explicación racionalista al hecho de que los hijos tengan las mismas preferencias políticas que los padres, aun asumiendo que los individuos tienen una información muy limitada sobre el proceso político (Achen, 1992; Achen, 2002). De acuerdo con este autor, los individuos se forman expecta-

tivas sobre el partido que le reportará los mayores beneficios a largo plazo y deciden identificarse con él; y dado que los hijos esperan heredar la posición social de los padres, sería racional para ellos heredar la preferencia partidista de los padres. En este modelo los votantes son prospectivos (orientados hacia el futuro), de forma que utilizan la información pasada para predecir el futuro, bajo la asunción de que la retrospectión les da la mejor predicción de futuro. El supuesto de partida es que (bajo determinadas condiciones de estabilidad política), los individuos pueden esperar que el flujo de beneficios que proporcionan los partidos es constante a largo plazo para cada posición en la estructura social (aunque sometido a un error aleatorio). Dicho de otra forma, hay partidos que benefician sistemáticamente a quienes tienen rentas bajas, mientras que hay partidos que benefician sistemáticamente a quienes tienen rentas altas. Por tanto, el beneficio esperado de cada partido depende de la posición del individuo en la estructura social.

La posición social de los hijos no se puede predecir directamente a partir de la posición social de los padres, pero existe una correlación entre ambas, a pesar de que los individuos no pueden observar directamente todos los elementos de la estructura social. De aquí se desprende que existe una correlación imperfecta pero positiva entre la posición social de padres e hijos, y que los hijos son conscientes de ello. Al momento de entrar en la vida política, los individuos racionales deciden cuál es el partido que les proporcionará el flujo de beneficios más elevado a largo plazo. De esta forma, establecen una identificación “racional” con un determinado partido, en base a la información disponible sobre el flujo de recursos que los padres han obtenido de los partidos en experiencias previas y la correlación de su propia posición social con la de los padres. Las principales implicaciones empíricas de este modelo serían las siguientes.

En primer lugar, las identificaciones partidarias de padres e hijos deberían estar correlacionadas, pero las identificaciones de los hijos deberían ser más centristas que las de los padres. En segundo lugar, la identificación debería ser más intensa para los padres, si bien hijos de padres con identificaciones intensas deberían tener identificaciones más intensas que los hijos de padres con identificaciones más débiles. Por otro lado, cuanto más errático sea el comportamiento electoral de los padres, más independientes deberían ser los hijos. En otro orden de cosas, ello implica también que la movilidad social debilita la identificación partidaria de los hijos, dado que el cambio en la posición social de los hijos implica un debilitamiento en la correlación entre la posición social de unos y otros, y por tanto, la información disponible para los hijos tiene una menor utilidad para formar una identificación partidaria (Achen, 2002).

Nótese que la mayoría de las derivaciones empíricas a las que llega Achen son básicamente compatibles con el modelo de identificación partidaria a la Michigan. No obstante, la explicación y el fundamento de estas conclusiones es radicalmente diferente. Lo que para otros autores viene explicado por un proceso de aprendizaje, para Achen (2002) es producto de decisiones racionales de individuos que tratan de maximizar el propio bienestar a través de sus decisiones políticas. A diferencia de los primeros, para Achen la identificación partidaria no es una predisposición psicológica heredada o aprendida, sino una opción individual de optimización basada en una información disponible limitada. De esta forma, Achen (2002) deduce una última consecuencia empírica que se contradice claramente con uno de los presupuestos de los modelos psicológicos y es el hecho de que la cercanía afectiva entre padres e hijos no debería tener ninguna influencia sobre la correlación entre las preferencias políticas de unos y otros, dado que dicha correlación depende exclusivamente de la correlación en la posición social pero no del tipo de relación existente entre padres e hijos.

Otra de las cuestiones claves en el modelo de transmisión del status familiar tiene que ver con los procesos de movilidad social. Si la transmisión se produce a través del status socioeconómico de los padres, ¿cuál debería ser el efecto de la movilidad social intergeneracional sobre las actitudes políticas de la nueva generación? Desde un punto de vista puramente racional y a corto plazo, la consecuencia inmediata debería ser el cambio de las preferencias, pero la evidencia empírica no se ajusta a este patrón. Piketty (1995) propone un modelo de individuos plenamente racionales, aunque no plenamente informados sobre la desigualdad social y el sistema fiscal, en el que las preferencias ideológicas sobre las políticas redistributivas pueden mantenerse estables entre padres e hijos, aun cuando exista movilidad social intergeneracional. Este modelo se basa en que los individuos tienen creencias iniciales (a priori) sobre la desigualdad de oportunidades y los efectos del sistema fiscal en la sociedad, y además todos los miembros de la sociedad comparten un mismo deseo de justicia social.

La diferencia en las preferencias ideológicas por la redistribución se explica por las diferentes creencias que tienen los individuos sobre el papel del esfuerzo personal en los procesos de movilidad social, las cuales dependen racionalmente de la posición social que se ocupa en la sociedad. Esto es, los individuos más ricos tienden a pensar que el éxito depende del esfuerzo personal, mientras que los más pobres tienden a pensar lo contrario. Por este motivo, estos últimos serán más partidarios de políticas redistributivas que los primeros. Partiendo de aquí, la interpretación que los individuos hacen de sus propias experiencias de movilidad social será radicalmente di-

ferente dependiendo de las creencias iniciales, al tiempo que las preferencias políticas evolucionarán condicionadas por esas creencias iniciales. Así pues, un individuo de clase baja, que cree que existe una elevada desigualdad de oportunidades en la sociedad, no ha de cambiar necesariamente esta creencia hacia una creencia de carácter más meritocrático si asciende socialmente hasta una posición de clase media (o a la inversa), puesto que puede seguir pensando (de forma compatible con sus creencias iniciales y con la evidencia empírica observada) que el papel del esfuerzo en esa transición de clase es limitado en relación con otros factores exógenos. Esto hace que su preferencia política por una política redistributiva no se vea necesariamente alterada por un cambio en la posición de clase.

El modelo de Piketty (1995) sirve para explicar desde una lógica rational choice por qué el status heredado de los padres condiciona las preferencias políticas en la vida adulta, a pesar de que no exista un proceso explícito ni implícito de transmisión de valores políticos de una generación a la siguiente. Lo único que se hereda de los padres es una creencia o interpretación del mundo, basada en la propia experiencia de la estructura social, y esto, a su vez, condiciona las preferencias políticas futuras. Las conclusiones obtenidas por Piketty, se contraponen con los modelos de Benabou y Ok (2001) y de Leventoglu (2005), según los cuales, los pobres anticipan racionalmente sus posibilidades de movilidad social y cambian sus preferencias políticas hacia una menor redistribución si piensan que ellos o sus hijos van a dejar de ser pobres en el futuro. En cualquier caso, la aportación de Piketty sugiere que la movilidad social intergeneracional no elimina la correlación intergeneracional de las preferencias políticas, puesto que, en un mundo con información imperfecta, las creencias se van adaptando de forma lenta y progresiva, y solamente aquellas creencias que son incompatibles con los hechos empíricos son irracionales en sí mismas.

De Graaf et al (1995), por su parte, han explorado empíricamente la relación entre movilidad social y las preferencias políticas. Según la “teoría expresiva” del voto (Heath, Jowell y Curtice 1985), que se basa en un modelo de aculturación sociológico, la identificación política se forma a través de la interacción con otros. De esta forma, los orígenes sociales deberían tener un peso importante en las actitudes políticas y el comportamiento electoral, por lo que la socialización primaria en el seno de la familia continuaría ejerciendo un papel importante a lo largo de la vida de los individuos. No obstante, es preciso atender a dos cuestiones importantes. En primer lugar, la influencia de la familia de origen debería debilitarse con el tiempo, a medida que el proceso de aculturación en el nuevo ambiente social va madurando, como consecuencia del cambio progresivo en las redes sociales. En segundo lugar,

es posible esperar un comportamiento diferenciado según la movilidad social sea ascendente o descendente. Los datos utilizados por De Graaf et al (1995) confirman la hipótesis de que las preferencias políticas de las personas que experimentan movilidad social difieren de los miembros estables de una clase social. De otro lado, los autores confirman empíricamente la existencia de un proceso de “aculturación”, según el cual, la probabilidad de un cambio de preferencias políticas se incrementa conforme transcurre el tiempo en la nueva posición social.

5. Los mecanismos psicológicos de la transmisión de las preferencias políticas

Una nota destacada en la mayor parte de los planteamientos sobre la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas que se han presentado hasta aquí es el hecho de que se han ocupado relativamente poco de los mecanismos a través de los cuales se produce la transmisión. Existe, sin embargo, una literatura creciente dentro del ámbito de la psicología cognitiva que se ocupa del problema de los mecanismos de transmisión desde un punto de vista puramente psicológico, si bien dicho enfoque no está exento de críticas. Torney-Purta (1995), entre otros, ha defendido desde la Ciencia Política la aplicación del enfoque psicológico en el estudio de la socialización política, llamando la atención sobre el hecho de que la Psicología contemporánea defiende un modelo de desarrollo de la personalidad centrado en la propia construcción individual del conocimiento. Es decir, no tomando a los individuos como receptores pasivos, sino como agentes activos en la construcción de significados y de orientaciones políticas.

Estudios psicológicos recientes han confirmado la importancia de la infancia y la adolescencia en la configuración de las orientaciones políticas de la etapa adulta. Sin embargo, se requiere un conocimiento más preciso de los mecanismos cognitivos para avanzar en esta dirección, con la ayuda de los nuevos descubrimientos de la psicología cognitiva (Kagan, 2003). Es necesario reconocer también que, pese a estos avances, algunos de los interrogantes básicos sobre competencia cognitiva en materias políticas siguen sin tener una respuesta satisfactoria. Así por ejemplo, permanece abierta la cuestión central de cuál es la edad en la que se adquiere la competencia crítica en las habilidades cognitivas que permiten a los niños empezar a aprender y retener conocimientos que les puedan ayudar a formar sus orientaciones y prácticas políticas (Sapiro, 2004). A pesar de que los niños pequeños no tienen la capacidad para discurrir sobre cuestiones políticas, existe evidencia

de que a la edad de seis años tienen capacidad para percibir a las personas a través de categorizaciones de grupos sociales y son capaces de desarrollar formas de identidad que pueden ser políticamente relevantes (Gerson 2001). Y las raíces para la participación política adulta comienzan a desarrollarse mucho antes (Rosenthal, Rosenthal y Jones, 2001). No obstante, estos estudios parecen estar lejos de sentar una solución definitiva.

Otra cuestión clave de la que se han ocupado los estudios de la Psicología cognitiva es el tema de la relación entre percepción y aprendizaje políticos. La literatura proveniente de la Ciencia Política ha prestado muy poca atención a las cuestiones de cognición, dando por supuesto que los niños percibían de manera cierta las orientaciones políticas de los padres y luego las reproducían. Grusec y Goodnow (1994), y Westholm (1999), entre otros, han llamado la atención sobre el hecho de que el proceso de socialización política se produce en dos fases sucesivas. En primer lugar, los hijos crean ciertas imágenes de cuáles son las preferencias políticas de los padres, a partir de lo que perciben de ellos. En la segunda fase, los hijos adaptan sus actitudes o comportamientos a lo que consideran que son las posiciones políticas de los padres. Westholm subraya que la mayor parte de los estudios de socialización política se han centrado en la segunda fase, dando por resuelta la primera parte del problema, esto es, el proceso por el que los hijos se forman una imagen sobre las preferencias políticas de los padres. Según Westholm, la transferencia de actitudes políticas de padres a hijos está entonces condicionada por dos tipos de factores: de una parte, el grado en el que unos y otros están relacionados con la cuestión (esto es, el interés por la política); y de otra parte, la forma en la que padres e hijos están relacionados entre sí (esto es, los lazos afectivos entre ellos). Ambos tipos de características tienen efectos diferenciales sobre el proceso de transmisión. El primer tipo de factores condicionan la fuerza y la claridad con la que las señales políticas son transmitidas de una generación a la siguiente. Los factores del segundo tipo deberían afectar al grado de aceptación de los modelos paternos por parte de los hijos.

Knafo y Schwartz (2003) identifican una serie de variables que favorecen la precisión en la percepción de los valores de los padres. En primer lugar, dentro de la comunicación familiar, los autores destacan el papel de la consistencia en los mensajes paternos y la frecuencia de discusión familiar, como factores que facilitan la correcta percepción de los valores paternos. En segundo lugar, existe otro grupo de variables referentes a la uniformidad de valores en el seno de la familia. Así pues, el conflicto de valores entre padres e hijos puede reducir la motivación de los hijos para atender a los valores de los padres, lo cual sería una situación típica de periodos de conflicto

generacional. Por otro lado, la congruencia de valores entre ambos progenitores hace posible que los valores puedan transmitirse con más claridad evitando que los hijos puedan recibir mensajes contradictorios. Más allá de la congruencia objetiva de valores entre los padres, la percepción subjetiva que los hijos tienen de la congruencia es otro factor que debería favorecer la adecuada percepción de los valores paternos. La tercera dimensión relevante son los estilos de autoridad paternos.

Los estilos de paternidad serían uno de los factores claves en el proceso de socialización política familiar. Para clasificar los estilos de paternidad se utilizan dos variables fundamentales (Maccoby y Martin, 1983). La primera variable se refiere a la calidez de las relaciones o la atención prestada a los hijos por parte de los padres. Esta variable debería correlacionar positivamente con la percepción, dado que la calidez de las relaciones incrementaría el deseo de los hijos de pasar tiempo con los padres, lo cual a su vez facilitaría la comunicación. La segunda variable sería el estilo de control de los padres sobre los hijos. Los padres que controlan de forma más cercana a sus hijos pueden hacer sus valores más cercanos a sus hijos, si explican o justifican a éstos los límites impuestos. No obstante, el control paterno constriñe la libertad de los adolescentes, dando lugar a una falta de motivación de los hijos para prestar atención a los padres o fomentar el deseo de evasión.

Del cruce de las dos variables (calidez de la relación y control paterno) surgirían cuatro estilos de conducta paterna (Maccoby y Martin, 1983): El estilo “autocrático” se refiere a aquellos padres que imponen un control elevado y tienen una relación poco cálida o distante con los hijos. El estilo “basado en la autoridad” es el de los padres que imponen un control elevado, pero tienen una relación cálida con los hijos. Tratan de explicar y razonar sus puntos de vista con los hijos y están dispuestos a negociar con ellos. El estilo “indulgente” se caracteriza por una alta calidez de la relación y una atención constante a los hijos con bajos niveles de control. Por último, el estilo “indiferente” es la etiqueta para aquellos padres que no prestan atención a los hijos ni ejercen un control directo o cercano.

Knafo y Schwartz (2003) constatan que los estilos indulgente e indiferente dificultan la percepción de los valores de los padres por parte de los hijos, dado que no existen reglas claras que hagan explícitos los valores de los progenitores. El estilo autocrático tampoco favorece la percepción dado que provoca generalmente el rechazo de los hijos y la búsqueda de vías de escape en otros agentes de socialización. De esta forma, el único estilo que favorece una percepción correcta de los valores de los padres es el estilo basado en la autoridad, dado que combina la cercanía entre padres e hijos con un conjunto claro y explícito de normas. A juicio de los autores, el efecto diferenciado

de los estilos de paternidad se produce a través tres procesos cognitivos que podrían operar favoreciendo la precisión en la percepción de los valores paternos: disponibilidad de la información, motivación para atender por parte de los hijos y comprensibilidad de los mensajes transmitidos.

6. Enfoques alternativos sobre los procesos de transmisión intergeneracional de las preferencias políticas. La bio-política

Si bien la mayor parte de los trabajos acerca de los mecanismos de transmisión de las preferencias políticas de los últimos tiempos provienen de la psicología cognitiva, también aparecen en los últimos tiempos enfoques novedosos o se recuperan ideas procedentes de otros campos como la bio-política. En cierta forma, el tema de la herencia biológica no es nuevo en Sociología y en Ciencia Política. Partiendo de las ideas de la Sociobiología, Masters (1984; 1989) ya defendió la idea del condicionamiento biológico de los comportamientos y las preferencias políticas. Por otra parte, los modelos de transmisión cultural que plantea la teoría de juegos evolutiva (Bowles, 1998; Boyd y Richerson, 1985; Cavalli-Sforza y Feldman, 1981) tienen aplicaciones potenciales al estudio de la socialización política en la familia. En este tipo de modelos, determinados rasgos o preferencias de los individuos son transmitidos a la descendencia. Los mecanismos de transmisión están inspirados en el modelo biológico evolutivo de la selección natural, aunque son utilizados por la Antropología para el estudio de la evolución de las culturas (Boyd y Richerson, 1985). Si bien dichos modelos pueden dar una información interesante sobre los patrones de evolución cultural a nivel macro-sociológico, en el nivel micro-sociológico son modelos bastante simples, cuya aportación al conocimiento de los mecanismos subyacentes en el proceso de socialización política es todavía limitada.

En la línea de la teoría de juegos evolutiva, Bisin y Verdier (2001) desarrollan un modelo de transmisión cultural intergeneracional con preferencias dinámicas. Aunque la perspectiva de estos autores no es nueva en el marco de la teoría de juegos evolutiva, en la que las probabilidades de imitación de comportamientos son una función creciente de los pagos asociados con los comportamientos a imitar, lo novedoso es el hecho de que los padres realizan acciones de socialización deliberadas, motivadas por el altruismo o el amor a los hijos. Además, la adquisición de las preferencias políticas depende del entorno. El modelo que plantean Bisin y Verdier es particularmente relevante desde el punto de vista del modelo clásico de socialización

porque introduce la cuestión de hasta qué punto es estable un equilibrio con preferencias heterogéneas en la población, al tiempo que explora la relación de la socialización familiar con la socialización a través de otros agentes.

Según plantean Bisin y Verdier (2001), las preferencias se forman a través de un proceso de transmisión cultural, pero el grado de socialización en la familia depende del esfuerzo de los padres. Si los padres dedican poco esfuerzo a socializar a sus hijos, entonces éstos formarán sus preferencias a través de algún mecanismo alternativo, que puede entenderse referido a cualquier otro medio de socialización. Una consecuencia importante de este planteamiento es que el esfuerzo socializador de los padres es inversamente proporcional al tamaño del grupo al que pertenecen. Esto es, los padres que pertenecen a minorías se esfuerzan más en socializar a su descendencia porque los demás agentes de socialización están transmitiendo mensajes contrapuestos, y por ello existe una presión sobre el hijo para adoptar las preferencias de la mayoría. Nótese, sin embargo, que la eficiencia de la socialización familiar es mayor cuando los padres pertenecen a la mayoría porque, en ese caso, los esfuerzos de los padres son complementarios con respecto a otros mensajes a los que los hijos están expuestos.

El modelo que plantean estos autores nos lleva a pensar en el proceso de transmisión intergeneracional como un intento de los padres de proporcionar a los hijos las preferencias políticas que les van a resultar más útiles. Se transmite lo que se considera importante y, en este sentido, la socialización política familiar sería algo parecido a una inversión en capital humano por parte de los padres (Becker, 1964). De la misma forma que los padres invierten en la educación de los hijos, como una vía de proporcionarles un capital que produzca rendimientos futuros en el mercado de trabajo, también podrían invertir en la formación de un “capital político” que les permita tomar las decisiones correctas en el mercado político. No obstante, es obvio que los costes y beneficios de un tipo de capital y otro son muy diferentes, por lo que resulta difícil justificar cuáles son las motivaciones últimas que llevan a los padres a adoctrinar a los hijos, además de que el modelo considera a los hijos como receptores puramente pasivos.

En cualquier caso, el modelo permite considerar algunas cuestiones importantes. De una parte, explica por qué la sociedad no evoluciona hacia la uniformidad, puesto que las familias ejercen esfuerzos deliberados por transmitir sus preferencias idiosincrásicas a la siguiente generación, haciendo posible la heterogeneidad social y el mantenimiento de las subculturas. De otra parte, hace posible el cambio de preferencias de una generación a la siguiente, puesto que son los propios padres los que controlan el nivel de “esfuerzo” en el proceso de socialización, al tiempo que participan

explícitamente otros agentes de socialización. Por otro lado, las conclusiones de Bisin y Verdier (2001) abren algunas preguntas interesantes, que no hayan respuesta directa dentro del modelo, pero pueden estudiarse como una extensión de éste. Por ejemplo, el impacto que tiene la movilidad social o geográfica sobre las decisiones de socialización de los padres, o los efectos que podrían tener progenitores con preferencias diferentes.

Otros enfoques recientes sobre la transmisión de las preferencias políticas se basan en la herencia biológica de las mismas. Basándose en investigaciones previas, que ponen de manifiesto la heredabilidad de algunas actitudes sociales, Alford et al (2005) testan la hipótesis de que pueda haber una transmisión hereditaria de ciertas actitudes políticas, de la misma forma que se heredan otras características de tipo biológico. Para ello utilizan una comparación entre la correlación de las actitudes políticas en gemelos y mellizos (los cuales, como es sabido, difieren en la cantidad de material genético compartido), hallando que las correlaciones entre pares de gemelos son más elevadas que las correlaciones entre pares de mellizos, lo cual sustentaría la conclusión de que no sólo importa el ambiente de la socialización política, sino también los determinantes genéticos individuales.

Según los datos de Alford et al., la influencia de las variables genéticas sobre algunas variables políticas relevantes (como la escala de conservadurismo) sería mayor que la influencia de las variables contextuales. De esta forma, la coincidencia política entre padres e hijos no ha de ser necesariamente el producto de la socialización política, bien sea en la forma de transmisión de actitudes políticas entre generaciones o en la forma de herencia del estatus social, sino que puede ser explicada por la herencia genética transmitida de padres a hijos. Los autores identifican dos fenotipos (liberal vs. conservador) que podrían estructurar el universo político no sobre una base cultural, sino sobre una base genética, si bien señalan, en cualquier caso, que los genes no actúan aisladamente, sino en un contexto cultural específico por lo que resulta difícil aislar la influencia de unas y otras fuentes de variabilidad en las variables dependientes. De otro lado, la influencia no es de un gen individual que pueda aislarse, sino de un complejo conjunto de genes (no identificados), cuyo efecto combinado no ha de ser necesariamente aditivo.

No es este lugar de hacer una revisión crítica de la aplicación de los modelos biológicos al estudio de los fenómenos políticos. Con todo, conviene subrayar dos cuestiones importantes por lo que se refiere al análisis de la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas. En primer lugar, y reconociendo que estudios como el que se acaba de discutir ofrecen un mecanismo de transmisión de las preferencias, lo cierto es que dicho mecanismo no se concreta en modo alguno. Más bien, se ofrece una explicación genética

sobre algo que se desconoce, en base a la existencia de unas correlaciones empíricas, lo cual no deja de ser equivalente a la metodología, a veces simplista y mecanicista, de los primeros estudios de socialización política en la familia, aunque los mecanismos implícitos sean radicalmente diferentes. En segundo lugar, afirmar la existencia de fenotipos políticos puede resultar un tanto vacuo, si dicha afirmación no se basa en evidencia empírica contrastada procedente de diferentes culturas. Por último, los planteamientos evolutivos, en general, vuelven a caer en un esquema dual en el que los receptores tienen un papel puramente pasivo, sin capacidad de actuar o transformar lo transmitido. Aún con estas reservas en mente, podemos pensar que algunos de los avances en el campo de la Antropología evolutiva, tales como la teoría de los módulos mentales (Cosmides y Tooby, 1989; Duchaine, Cosmides y Tooby, 2001) podrían tener aplicaciones interesantes en el futuro para el estudio de los procesos de cambio político en el largo plazo.

7. Racionalidad limitada, redes sociales y aprendizaje político

El debate en torno a la racionalidad de los actores políticos es probablemente el debate teórico central en la Ciencia Política contemporánea, después de la pérdida de hegemonía de los enfoques culturalistas al estilo de la “escuela de Michigan”. La última década ha conocido una revitalización del paradigma de la racionalidad limitada (Gigerenzer y Selten, 2001; Jones, 2001), que cuestiona los supuestos sobre los que descansan la mayor parte de los modelos basados en un actor político racional. Son muchos los ámbitos en los que los defensores de este paradigma están elaborando explicaciones alternativas a los modelos tradicionales, si bien no ha habido todavía una traslación completa al ámbito de estudio de la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas. Aún así, existen ya algunos trabajos que apuntan en esta dirección y que ofrecen algunos desarrollos teóricos interesantes.

En Shively (1979) encontramos ya una concepción de la identificación partidaria como heurístico, que ayuda a los individuos a formar decisiones políticas. Según su modelo “funcional” existen cinco factores que hacen posible la aparición de las identificaciones partidarias: el sentimiento de obligación para participar políticamente, el coste de la información necesaria, los recursos disponibles para el individuo, la preocupación por la calidad de la decisión y la disponibilidad de heurísticos eficientes para tomar decisiones. El modelo de Shively puede ser visto como una alternativa al modelo clásico de socialización en el que los individuos simplemente imitan las ac-

titudes políticas de la generación precedente por un sentimiento de afinidad emocional o cualquier otro mecanismo psicológico de identificación con los progenitores. Aquí lo relevante es el hecho de que los individuos sopesan la idoneidad de las reglas de decisión que van a usar en política. El hecho de que las actitudes políticas correlacionen con las de los padres no implica transmisión necesariamente sino una búsqueda de información entre las fuentes disponibles. Dado que la familia de origen es una fuente relativamente barata de información, y siempre que la calidad percibida de la información disponible sea aceptablemente buena, es fácil que los hijos recurran a los heurísticos que utilizan los padres.

Más recientemente, Zuckerman y colaboradores han criticado los planteamientos de la “escuela de Michigan” y de la *rational choice* desde el punto de vista del modelo de “racionalidad limitada”, subrayando algunas de sus debilidades esenciales (Zuckerman, Dasovic y Fitzgerald, 2005; Zuckerman, 2005). Estos autores argumentan que los hijos no son imitadores pasivos (como sugiere el modelo clásico de Michigan) ni optimizadores racionales con ilimitadas capacidades de cálculo (como sugieren los modelos de elección racional). Lo que los hijos heredan de los padres es una información sesgada (en tanto que limitada) sobre el universo político. Y es esta información limitada la que orienta sus actitudes y comportamientos políticos futuros. Los sujetos limitadamente racionales pretenden hacer lo que consideran que es lo correcto. Usan esquemas y heurísticos para producir decisiones, sin recurrir a un complejo proceso de optimización; y una forma rápida de obtener esas reglas de decisión simples es a través de las redes sociales a las que pertenecen.

El enfoque de Zuckerman y colaboradores está muy centrado en el papel de las redes sociales en la producción de las preferencias políticas. Según asumen, deberíamos esperar que las personas buscaran consejo político en aquellas personas cuyos consejos siguen en otros ámbitos de decisión, como es el caso de la familia, a pesar de que no sea necesariamente el ámbito de las personas con mayor expertise política. En un estudio sobre Gran Bretaña, Zuckerman et al (1998) hallaron que el 70 % de los votantes habían tenido como primer interlocutor en temas políticos a un miembro de su familia, siendo hasta un 30 % los que sólo habían hablado de política con miembros de su familia nuclear. Los autores concluyen que la estabilidad del comportamiento electoral está fuertemente condicionada por las redes en las que los individuos están insertos así como el contexto social. Los encuentros y discusiones con activistas políticos, amigos y familia, junto con la estabilidad residencial y de la estructura social se convierten así en la mejor explicación de la estabilidad de las orientaciones de voto a nivel agregado en el largo

plazo.

La visión de Zuckerman sobre la socialización política familiar resulta comprehensiva, en el sentido de que relativiza el papel de la familia y la inserta en una red de relaciones sociales más amplias, sin por ello devaluar su papel central como agente de socialización política. Zuckerman reconoce explícitamente la complejidad de las influencias recíprocas que se dan en el seno de la familia, desechando la visión unidireccional del modelo clásico (Zuckerman, Dasovic y Fitzgerald, 2005). Parafraseando a Weber, afirma que, dado que las personas viven sus vidas en relaciones sociales, lo que hacen, incluido como votan, es el resultado de un proceso social. Tres son las ideas de partida del modelo defendido por Zuckerman. En primer lugar, es necesario ser consciente de las que relaciones de influencia son recíprocas. En ausencia de relaciones de pura dominación, el hecho de establecer una relación de influencia de padres a hijos implica también una relación de influencia en sentido inverso. En segundo lugar, la influencia tiene un carácter probabilístico y no determinista. Es decir, el hecho de que exista influencia de un individuo sobre otro no implica necesariamente un cambio de actitud, sino una presión en una determinada dirección que puede ser mayor o menor. Por último, aunque las actitudes políticas respondan a influencias familiares, dichas actitudes reflejan también la propia orientación idiosincrásica de la persona, que a su vez, se forja a través de una tupida red de relaciones que no solamente incluye a los otros miembros de la familia.

Zuckerman trata de reconciliar explícitamente dos visiones habitualmente contrapuestas del ser humano. La primera, en la línea del homo sociologicus, que entiende el ser humano como un producto de la socialización (sometido a múltiples influencias externas). Y la segunda, en la línea del homo oeconomicus, que entiende el ser humano como un agente que trata de tomar las mejores decisiones desde un punto de vista individual. Rechaza ambas corrientes en sus versiones extremas, esto es, la idea de que los individuos se diluyen en los grupos y la idea de que las personas son siempre capaces de maximizar su utilidad esperada. Ello implica que las personas viven en grupos humanos, donde son influidos por otros y tratan de influir sobre otros. A pesar de las presiones hacia la conformidad que provienen de diferentes agentes en la sociedad, los individuos tienen mecanismos para adaptarse a las demandas y tratar de cambiar su entorno a través de la influencia sobre los otros. En cualquier caso, la influencia más importante se recibe de aquellos que están más cercanos.

Según el paradigma de la bounded rationality (racionalidad limitada), los individuos tratan de tomar decisiones que consideran adecuadas, aunque no siempre lo consigan o sus decisiones no sean objetivamente correctas desde

un punto de vista de la racionalidad medios-fines (Jones, 2001). La pregunta relevante, entonces, es ¿cómo participan los individuos limitadamente racionales en el proceso de aprendizaje social? Básicamente las personas son influidas por aquellas otras personas de las que han aprendido cosas positivas en el pasado, dado que el aprendizaje exitoso en el pasado produce la expectación de un aprendizaje positivo en el futuro. De esta forma, las personas aprenden de otras por dos motivos esenciales. En primer lugar, porque es lo que hacen los seres sociales. En segundo lugar, porque es un heurístico de decisión efectivo y frecuentemente usado.

Siguiendo la clásica distinción de Granovetter (1973) entre lazos fuertes y lazos débiles, Zuckerman distingue dos tipos de influencia sobre las decisiones de carácter político. El efecto de los lazos fuertes sobre la influencia política debería ser más importante, puesto que la influencia de personas con las que se tiene una relación más directa e íntima debería ser mayor que la de las personas con las que se tiene una relación más distante. De esta forma, los miembros de la familia tienen mayor capacidad de influencia sobre el resto de la familia que, por ejemplo, un líder sindical o una congregación religiosa. Esto no significa negar la importancia política de los lazos débiles. Las personas que tienen lazos fuera de la familia absorben mensajes políticos de su red de conocidos que, a su vez, son introducidos en la red familiar, afectando las actitudes políticas del resto de los miembros de la familia.

Los hallazgos empíricos de Zuckerman (2005) confirman esta visión reticular de la influencia política en la formación de las decisiones políticas. Así pues, el hecho de que las personas que viven solas tengan niveles de participación electoral más bajos vendría explicado precisamente por la debilidad de su red social. Por el contrario, las personas que viven en un hogar multipersonal tienen una red de influencias más rica que pueden inducirlos a votar. Por lo que se refiere a la decisión de voto de los que participan electoralmente, Zuckerman muestra que ésta es una función de las preferencias del resto de los miembros del hogar. Cuanto mayor es la probabilidad de que un individuo vote por un partido concreto, mayor es la probabilidad de que el otro esposo y los hijos lo hagan también. Más novedoso resulta el hecho de que, en determinados casos, cuanto mayor es la probabilidad de que un hijo vote por un determinado partido, mayor es la probabilidad también lo haga alguno de los progenitores.

Otro elemento importante en este modelo es el papel político central de la madre dentro de los hogares (Zuckerman, Dasovic y Fitzgerald, 2005; Zuckerman, 2005). Su influencia sobre los hijos es mayor que la del padre, y a su vez, las madres son más influenciadas por los hijos que el padre. Concluye Zuckerman que el universo político de la familia gravita en torno

a la figura materna. Sin embargo, a diferencia de estudios anteriores en los que este fenómeno venía explicado por la proximidad de los lazos afectivos, Zuckerman apunta como principales factores explicativos el hecho de que las madres pasan más tiempo que los padres con los hijos, que las madres focalizan buena parte de las discusiones políticas en el hogar, y las bases biológicas de una mayor habilidad para la empatía que revelan estudios recientes (Baron-Cohen, 2004).

8. Los cambios en la familia y su influencia sobre los procesos de socialización política familiar

Paradójicamente, podría decirse que el gran olvido de los estudios de socialización política familiar es la familia misma. Y es que ciertamente se ha prestado muy escasa atención a los contextos culturales e históricos en los que se desarrolla la socialización y que lógicamente condiciona el papel de las familias en dicho proceso (Sigel, 1995). De la misma forma, los estudios sobre la transmisión intergeneracional de las preferencias políticas apenas han tratado el tema de las estructuras familiares y su ubicación dentro de la estructura social general, como variables explicativas. A ello ha ayudado, sin duda, el escaso interés de los estudiosos de la familia por las cuestiones políticas, tanto como el desconocimiento de los científicos políticos sobre las realidades familiares. La realidad es que, en los estudios clásicos de socialización política, la familia aparece más bien como una caja negra (Renshon, 1977), olvidando que familia es una unidad de interacción en la que se producen intercambios entre los diferentes miembros de la familia (Aldous, 1977), en lugar de una mera instancia de transmisión de padres a hijos. Y la consecuencia es un desconocimiento sobre los efectos de los cambios que se producen en las estructuras familiares sobre los procesos de socialización en las sociedades contemporáneas. Sin ánimo de ser exhaustivo, merece la pena citar algunos de esos cambios esenciales, que han afectado a las familias en la mayoría de los países occidentales, y que tienen efectos potenciales sobre el proceso de socialización política familiar, como después se verá.

Siguiendo a Harper (2004), los cambios en la familia contemporánea pueden agruparse en dos dimensiones esenciales. La primera se refiere a las pautas de matrimonio. Formas alternativas de matrimonio, como la cohabitación, se incrementan en todos los grupos de edad, las personas se casan más tarde, enfrentan mayores probabilidades de divorcio y se incrementa, igualmente, la probabilidad de matrimonio después del divorcio. En países

como Austria, la tasa bruta de nupcialidad se ha reducido a casi la mitad entre 1960 y 2000, y la tendencia a la baja es dominante en el conjunto de los países de la Unión Europea. Por lo que se refiere a la edad del matrimonio, ésta se ha retrasado entre tres y cuatro años de promedio en Europa en el mismo periodo de tiempo, situándose cada vez más cerca de la treintena. El incremento de la cohabitación es otro fenómeno especialmente llamativo. Hasta 1970 era un fenómeno social y estadísticamente invisible en Europa, mientras que para finales del siglo XX, alrededor del 10% de las parejas en la Unión Europea eran cohabitantes (Waite y Bachrach, 2000). Por otro lado, el divorcio se ha incrementado de manera sostenida desde la década de 1960 en la mayoría de los países occidentales, a pesar de un desaceleramiento hacia finales del siglo XX (Harper, 2004).

La segunda dimensión importante del cambio en las estructuras familiares se refiere al alargamiento de la edad de las transiciones familiares. Tanto en Europa como en Estados Unidos se incrementa la proporción de jóvenes adultos que viven con sus padres (Goldscheider y Goldscheider, 1993). Con la excepción de Dinamarca, la proporción se ha incrementado en todos los países de la Unión Europea en el curso de las dos últimas décadas, siendo especialmente llamativo el caso de los países del sur de Europa: España, Portugal e Italia. Consecuentemente, se retrasa la edad de la primera maternidad, y también se reducen las tasas de fertilidad y el número de hijos por mujer, además del incremento de los nacimientos fuera del matrimonio (Harper, 2004). En términos de Ryder (1965) se está produciendo una expansión de la “libertad horizontal” que media entre la estructura vertical de la familia de procreación y la familia de orientación.

Son numerosas las preguntas que se abren sobre las consecuencias que estos cambios puedan tener sobre los procesos de socialización política. Particularmente, han de mencionarse el impacto del divorcio y las familias monoparentales sobre la socialización de los hijos, el impacto de las familias reconstituidas en cuanto a las posibles discontinuidades en el proceso de socialización, o el impacto de las familias con padres del mismo sexo sobre los procesos de socialización política. Pero también es importante tener en cuenta el impacto de los cambios en la distribución de roles y en la estructura de autoridad de la familia patriarcal tradicional.

La primera evidencia empírica apunta a que las grandes transformaciones que ha experimentado la familia y las prácticas de crianza en las últimas décadas en las sociedades occidentales no han debilitado la capacidad de influencia de la familia sobre el proceso de socialización política. Percheron (1990) señala que el nivel de comunicación dentro de la familia ha permanecido estable. Además, la confianza entre padres e hijos ha tendido a aumentar,

así como los temas, antes espinosos, en los que la comunicación entre padres e hijos es ahora más frecuente y menos conflictiva. La combinación de varios factores y procesos de cambio en el seno de la familia hacen que las relaciones entre padres hijos se funden sobre bases distintas a las de antaño. Según la mayor parte de la literatura sociológica sobre la familia, en las últimas décadas se ha producido un decaimiento pronunciado de la autoridad paterna dentro de las estructuras familiares que ha facilitado la mejoría de las relaciones intergeneracionales (Caplow, 1995; Halman y Moor, 1994).

La familia no ha permanecido aislada de la tendencia hacia la reducción en la importancia de la autoridad personal en las relaciones sociales (Caplow 1995). En su interior también se ha incrementado la libertad personal, la igualación creciente en los roles sexuales, etc.... Ya no se espera de los hijos un apego incondicional a las ideas de sus padres, sino que se les forma para que desarrollen su propia identidad en el marco de una socialización mucho menos autoritaria. Hay un mayor reconocimiento de la autonomía de los hijos, que tienen el derecho a ser, pensar diferente, a pensar como ellos quieran. La tolerancia de los padres hacia ellos es mucho mayor en la actualidad que en el pasado. No obstante, ello no ha supuesto un distanciamiento de los hijos con respecto de los padres. Los datos sugieren una transmisión de valores más democrática en el seno de la familia, con más participación de los hijos. Pero ello no implica que la transmisión de normas y orientaciones de valor de padres a hijos sea menos efectiva. Se trata de una socialización que es sin duda menos autoritaria, menos directiva y, por tanto, la transmisión de valores se hace mejor (Percheron 1990). La institución familiar, como puede verse, se va adaptando al nuevo marco social en el que se inserta. Pero no por ello ha dejado de cumplir su función socializadora, sino que ahora la cumple de forma distinta.

8.1. Estructura familiar y proceso de socialización política

Una de las cuestiones esenciales, aunque poco tratada, en el proceso de socialización política es la influencia de las estructuras familiares sobre los procesos de socialización política en la familia. Como señala Dolan (1995), cuando los primeros estudios de socialización política hablaban de familia se referían a un concepto muy claro y preciso de familia nuclear en la que existía una clara división de roles y un predominio masculino. Por este motivo, dichos estudios partían del presupuesto de que las preferencias políticas que importaban en el proceso de socialización política familiar eran las del padre. Así por ejemplo, Hess y Torney-Purta (1967) concluían que en aquellas familias en las que no existía la figura paterna, los niños no desarrollan

actitudes políticas tan rápidamente como en las familias completas. Hasta tal punto, que según Jaros et al (1968), los niños de familias sin progenitor masculino recibían menos socialización política dentro de la familia y quedaban así más expuestos a las influencias de otros agentes de socialización.

En la misma línea Langton (1969) en su estudio de las familias jamaiquinas encontró que los hijos de familias mono-parentales en las que faltaba el padre tenían menor interés por la política y menores niveles de eficacia política que los hijos de familias en las que el padre estaba presente. De forma concordante con el modelo de familia patriarcal, la visión establecida en las décadas de los años cincuenta y sesenta era que la influencia principal en el proceso de socialización era de la figura paterna; y por tanto, las opiniones del padre eran las que moldeaban las preferencias políticas de la descendencia (McClosky y Dahlgren 1959). Ello a pesar de que otros estudios mostraron empíricamente que existía una mayor congruencia entre progenitores e hijos del mismo sexo, de forma que los padres influían más sobre las actitudes de los hijos varones, mientras que las madres influían más sobre las actitudes de las hijas (Jennings y Langton, 1969).

Este panorama cambió radicalmente, cuando la investigación inmediatamente posterior halló que, en las familias compuestas por dos padres, la influencia más importante sobre los hijos la ejercía la madre, siendo este hallazgo confirmado en numerosos estudios posteriores (Acock y Bengtson, 1978; Jennings y Langton, 1969; Niemi, Ross y Alexander, 1978). Jennings y Langton (1969) fueron los primeros en comprobar que cuando existen actitudes políticas contradictorias entre padres y madres, la influencia más determinante es la de la madre (Jennings y Niemi, 1968; Niemi, Ross y Alexander, 1978). No obstante, los autores no acaban de encontrar una explicación definitiva a este efecto diferencial en el proceso de socialización. Apuntaban como posibles explicaciones las siguientes. En primer lugar, un mayor apego emocional de los infantes con sus madres, dado que el primer lazo afectivo se produce con la madre y estos lazos pueden tener efectos dilatados a lo largo del tiempo. Otra posible explicación viene de los niveles educativos. En aquellas familias en las que el nivel educativo de ambos cónyuges era superior, la importancia de las actitudes maternas era mayor, lo cual podría explicarse por una mayor igualdad de roles en estas familias, además del hecho de que las madres con mayor nivel educativo era más activas políticamente. Sin embargo, Jennings y Langton (1969) apuntaban a una interacción aún más compleja entre actividad política femenina y mayor influencia sobre la descendencia, dado que aquellas mujeres más activas políticamente también podrían tener características que atraigan más la atención de sus hijos en materias políticas.

Una vez reconocida la mayor influencia femenina en el proceso de socialización política familiar, es preciso volver a la cuestión inicial sobre las diferentes formas de familia. Aquí, sin embargo, la evidencia empírica resulta mucho más borrosa. Dolan (1995) analiza el tema de las estructuras familiares, centrándose en las actitudes de eficacia política, confianza en instituciones políticas y conocimiento e interés por la política, además de una dimensión comportamental de participación política. Su análisis produce unos resultados mixtos. De una parte, la estructura de la familia, parece estar correlacionada con las variables actitudinales. Aquellos niños que crecen en familias en las que falta uno de los padres, tienen mayores niveles de confianza política. Sin embargo, no se sienten más eficaces políticamente ni tienen mayor interés por la política, al tiempo que no muestran mayores niveles de participación política.

De otra parte, el hecho de pertenecer a familias reconstituidas tampoco tiene un efecto significativo sobre ninguna de las variables consideradas en el análisis. Estos resultados, pueden parecer a primera vista contra-intuitivos, como la propia autora reconoce, pero sugieren que no existe diferencia en el proceso de socialización en la familia tradicional con respecto a las nuevas formas familiares, como los hogares mono-parentales o las familias reconstituidas. Al mismo tiempo, ponen de manifiesto la necesidad de profundizar en esta línea de investigación. El hecho de que no existan diferencias significativas en algunas actitudes políticas básicas en función del tipo de familia en la que han crecido las personas no implica, ni lógica ni causalmente, que las pautas y los procesos de socialización política sean iguales en un tipo de familia que en otro.

En sentido contrario, Thomson et al (1992) encontraron evidencia de que la estructura familiar sí que condicionaba el proceso de socialización, fundamentalmente a través de los diferentes estilos de paternidad, al tiempo que existían diferencias de género en la interacción entre padres e hijos. De una parte, en familias mono-parentales los padres ejercen menos control sobre los hijos en varias dimensiones. De otra parte, padrastros y madrastras en familias reconstituidas suelen tener una relación más distante con los niños que los padres originales (Amato, 1987). Sin embargo, a pesar de que estas diferencias puedan estar condicionadas por el género, puesto que las madres pasan más tiempo en contacto con los hijos, no existe una diferencia de género en cuanto al papel del cuidador en las familias mono-parentales. Es decir, tanto madres como padres en este tipo de familias prestan menos atención a los hijos, y esta pauta de comportamiento no cambia conforme pasa el tiempo después del divorcio. Por otro lado, la diferencia entre las familias originales y las familias reconstituidas podría explicarse porque la

presencia de los dos padres originales facilita el desarrollo de los roles paternos diferenciados de género, lo cual “aparentemente produce altos niveles de calidez y cercanía” (Thomson, McAnahan y Curtin, 1992: 376).

La evidencia empírica también es escasa al analizar el efecto del tamaño de la familia y las relaciones entre hermanos. Así por ejemplo, parece que el tamaño de la familia afecta a la eficacia política de los niños pero no de las niñas. Cuando el tamaño de la familia se incrementa, los chicos se sienten menos eficaces políticamente. De otro lado, el orden de nacimiento afecta a la eficacia política de forma linealmente positiva. Esto es, los hijos más pequeños tienen una mayor eficacia política que los hijos intermedios y estos a su vez mayor que los hijos más mayores. También existe cierta evidencia de que la correlación entre las preferencias políticas de los hermanos es mayor cuando estos son de distinto sexo (Broh, 1979), si bien los hermanos también parecen ser una fuente de influencia importante en el proceso de socialización política (Ardelt y Day, 2002; Calavita, 2003).

8.2. La interacción entre los cónyuges en el proceso de socialización política en la familia

Si bien la mayor parte de los trabajos sobre socialización política en la familia se han centrado en la transmisión de orientaciones políticas de padres a hijos, el estudio de la socialización política familiar también debería comprender la transmisión de orientaciones políticas entre esposos, a pesar de que la literatura no es muy amplia en este extremo (Beck y Jennings, 1975; Niemi, Hedges y Jennings, 1977). Según Weiner (1978), la similitud de las preferencias políticas entre esposos puede explicarse a partir de dos causas diferentes. Una de ellas sería un “assortive matching”, según el cual los matrimonios se forman sobre la base de preferencias políticas homogéneas. La segunda posibilidad es que los esposos se convierten en agentes de socialización, afectando a las orientaciones políticas del otro cónyuge, de forma que después del matrimonio se produce un proceso de resocialización política. Un estudio de Beck y Jennings (1975) reveló que mientras que las correlaciones entre la posición política de cada uno de los esposos con sus suegros era bastante baja, las correlaciones entre las posiciones políticas de los esposos eran notablemente altas. Este hallazgo tiene implicaciones importantes sobre la relación entre familia y socialización política, puesto que si la transmisión opera fundamentalmente de padres a hijos (y no entre esposos), entonces las correlaciones entre esposos deberían ser similares a las correlaciones de los esposos con los suegros. Más aún, las correlaciones entre la posición política de los esposos era notablemente más elevada después de transcurridos años

de matrimonio que antes de casarse.

Básicamente, concluyen tanto Beck y Jennings (1975) como Weiner (1978), que la homogeneidad de las preferencias políticas de los esposos no puede ser sólo una función de la homogamia matrimonial, sino de un proceso más complicado de resocialización política que ocurre después del matrimonio. Existen diferentes visiones sobre la relación entre las identidades políticas de los cónyuges. Una de ellas señala que la mujer toma la identidad política del marido, si bien existe una versión neutral desde el punto de vista del género, según la cual el cónyuge de menor status socioeconómico adopta las preferencias políticas del cónyuge de mayor status (Erikson 1984). Otros enfoques señalan que existe un proceso de acomodación mutua entre las preferencias de ambos, mientras que una tercera perspectiva mantiene que las preferencias políticas de los cónyuges se mantienen y evolucionan de manera independiente la una de la otra (Baxter 1994).

La primera visión se asocia con la visión funcionalista de la especialización en los roles familiares de Parsons y Bales (1955), según la cual, el marido se especializa en roles instrumentales mientras que la mujer se especializa en roles emotivos, lo cual fomenta la complementariedad y cohesión de la unidad familiar, que se manifiesta en la homogeneidad de las preferencias políticas. Desde un punto de vista radicalmente diferente, la teoría de la familia de Becker (1981), llega a conclusiones muy similares: dadas las diferencias biológicas entre los sexos y la discriminación contra la mujer en el mercado de trabajo, las mayores economías de escala en el matrimonio se obtienen también a través de la especialización. De ahí se deduce que la maximización del output total del hogar conlleva a una identidad de las posiciones políticas. La segunda visión de la acomodación mutua, tiene su base en la teoría de la negociación basada en los recursos (McDonald, 1981), según la cual, ambos cónyuges tratan de buscar sus propios beneficios individuales a través del matrimonio; y para ello usan los recursos valiosos de que disponen con el fin de obtener los acuerdos más ventajosos en la negociación con el otro cónyuge.

Kan y Heath (2003) analizando datos británicos concluyen que las preferencias políticas de ambos cónyuges se influyen mutuamente. No obstante, el grado de influencia depende de los valores políticos propios de cada cónyuge, del nivel de ingresos relativo de cada uno de ellos y de las preferencias de estilo de vida de las mujeres. Existe una mayor influencia de las preferencias políticas del marido sobre la mujer que a la inversa. No obstante, la relación de influencia recíproca depende de las relaciones de dependencia económica entre los cónyuges, como sugiere la teoría de la negociación basada en los recursos. Las mujeres que son económicamente independientes tienen valores

políticos diferentes de los del cónyuge en mayor proporción que las que son dependientes. Sin embargo, este patrón no se aplica en sentido contrario, es decir, cuando el hombre se encuentra en una situación de dependencia económica. Los hombres dependientes ajustan sus preferencias políticas a las de su cónyuge femenino a lo largo del tiempo en menor medida que los hombres independientes, lo cual concuerda con la teoría de la negociación de los roles (Brines, 1994), según la cual, en las parejas actuales se produce una negociación para hallar un equilibrio de los roles, en el que el dominio de uno de los cónyuges en una esfera se traduce en el dominio del otro en otra esfera.

9. Referencias

- Abramson, P. R. (1972). "Intergenerational Social Mobility and Partisan Choice", *American Political Science Review*, 66: 1291-1294.
- Abramson, P. R., y J. W. Books (1971). "Social Mobility and Political Attitudes - Study of Intergenerational Mobility among Young British Men", *Comparative Politics*, 3: 403-428.
- Achen, C. H. (1992). "Social psychology, demographic variables, and linear regression: Breaking the iron triangle in voting research", *Political Behavior*, 14: 195-211.
- Achen, C. H. (2002). "Parental socialization and rational party identification", *Political Behavior*, 24: 151-170.
- Acock, A. C. (1984). "Parents and Their Children - the Study of Intergenerational Influence", *Sociology and Social Research*, 68: 151-171.
- Acock, A. C., y V. L. Bengtson. (1978). "Relative Influence of Mothers and Fathers - Covariance Analysis of Political and Religious Socialization", *Journal of Marriage and the Family*, 40: 519-530.
- Adelson, J. (1971). "Political Imagination of Young Adolescent", *Daedalus*, 100: 1013-1050.
- Adorno, T. W. (1950). *The Authoritarian personality*. New York: Harper.
- Aldous, J. (1977). "Family-Interaction Patterns", *Annual Review of Sociology*, 3: 105-135.
- Alford, J. R., C. L. Funk y J. R. Hibbing (2005). "Are political orientations genetically transmitted?", *American Political Science Review*, 99: 153-167.
- Almond, G. A. y S. Verba (1963). *The civic culture; political attitudes and democracy in five nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

- Barnes, S. H. y M. Kaase (1979). *Political action: mass participation in five Western democracies*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Baron-Cohen, S. (2004). *The essential difference: male and female brains and the truth about autism*. New York: Basic Books.
- Baxter, J. (1994). "Is Husbands Class Enough - Class Location and Class Identity in the United-States, Sweden, Norway, and Australia", *American Sociological Review*, 59: 220-235.
- Beck, P. A. (1977). "The Role of Agents in Political Socialization", in S. A. Renshon (ed.), *Handbook of Political Socialization*,. New York: Free Press, pp. 115-141.
- Beck, P. A., y M. K. Jennings (1975). "Parents as Middlepersons in Political Socialization", *Journal of Politics*, 37: 83-107.
- Beck, P. A. y M. K. Jennings (1991). "Family Traditions, Political Periods, and the Development of Partisan Orientations", *Journal of Politics*, 53: 742-763.
- Becker, G. S. (1964). *Human capital; a theoretical and empirical analysis, with special reference to education*. New York: Columbia University Press.
- Becker, G. S. (1981). *A treatise on the family*. Cambridge: Harvard University Press.
- Benabou, R. y E. A. Ok (2001). "Social mobility and the demand for redistribution: The POUM hypothesis", *Quarterly Journal of Economics*, 116: 447-487.
- Benedicto, J. (1995). "La construcción de los universos políticos de los ciudadanos", in J. Benedicto y M. L. Morán (coords.), *Sociedad y política. Temas de sociología política*. Madrid: Alianza, pp. 227-268.
- Bisin, A. y T. Verdier (2001). "The economics of cultural transmission and the dynamics of preferences", *Journal of Economic Theory*, 97: 298-319.
- Bowles, S. (1998). "Endogenous preferences: The cultural consequences of markets and other economic institutions", *Journal of Economic Literature*, 36: 75-111.
- Boyd, R. y P. J. Richerson (1985). *Culture and the evolutionary process*. Chicago: University of Chicago Press.
- Butler, D. y D. E. Stokes (1974). *Political change in Britain: the evolution of electoral choice*. London: Macmillan.
- Calavita, M. (2003). "Within the Context of Many Contexts: Family, News Media Engagement, and the Ecology of Individual Political Development Among 'Generation Xers'", *The Communication Review*, 6: 23-43.

- Campbell, A., P. E. Converse, W. E. Miller, y D. E. Stokes (1960). *The American voter*. New York: Wiley.
- Cavalli-Sforza, L. L., y M. W. Feldman (1981). *Cultural transmission and evolution: a quantitative approach*. Princeton: Princeton University Press.
- Connell, R. W. (1972). "Political Socialization in American Family - Evidence Reexamined", *Public Opinion Quarterly*, 36: 323-333.
- Converse, P. E. (1964). "The Nature of Beliefs Systems in Mass Publics", in D. E. Apter (ed.), *Ideology and Discontent*. New York: Free Press, pp. 207-230.
- Converse, P. E., y G. Dupeux (1962). "Politicization of the Electorate in France and the United-States", *Public Opinion Quarterly*, 26: 1-23.
- Cosmides, L., y J. Tooby (1989). "Evolutionary Psychology and the Generation of Culture .2. Case-Study - a Computational Theory of Social-Exchange", *Ethology and Sociobiology*, 10: 51-97.
- Davies, J. C. (1965). "The Family's Role in Political-Socialization", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 361: 10-19.
- Dawson, R. E., y K. Prewitt (1968). *Political socialization: an analytic study*. Boston: Little Brown.
- De Graaf, N. D., P. Nieuwbeerta, y A. Heath (1995). "Class Mobility and Political Preferences - Individual and Contextual Effects", *American Journal of Sociology*, 100: 997-1027.
- Direnzo, G. J. (1977). "Socialization, Personality, and Social-Systems", *Annual Review of Sociology*, 3: 261-295.
- Dolan, K. (1995). "Attitudes, Behaviors, and the Influence of the Family: A Reexamination of the Role of Family Structure", *Political Behavior*, 17: 251-264.
- Downs, A. (1957). *An economic theory of democracy*. New York: Harper.
- Dowse, R. E. y J. A. Hughes (1972). *Political sociology*. New York: Wiley.
- Duchaine, B., L. Cosmides, y J. Tooby (2001). "Evolutionary psychology and the brain", *Current Opinion in Neurobiology*, 11: 225-230.
- Easton, D. y J. Dennis (1967). "Childs Acquisition of Regime Norms - Political Efficacy", *American Political Science Review*, 61: 25-38.
- Easton, D. 1965. *A systems analysis of political life*. New York: Wiley.
- Easton, D. y J. Dennis (1969). *Children in the political system: origins of political legitimacy*. New York: McGraw-Hill.
- Elster, J. (1993). *Political psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Erikson, R. (1984). "Social-Class of Men, Women and Families", *Sociology-the Journal of the British Sociological Association*, 18: 500-514.

- Fromm, E. (1942). *The fear of freedom*. London: K. Paul, Trench, Trubner & Co.
- Gerson, J. M. (2001). "In between states: National identity practices among German Jewish immigrants", *Political Psychology*, 22: 179-198.
- Glass, J., V. L. Bengtson, y C. C. Dunham (1986). "Attitude Similarity in 3-Generation Families - Socialization, Status Inheritance, or Reciprocal Influence", *American Sociological Review*, 51: 685-698.
- Goldberg, A. S. (1969). "Social Determinism and Rationality as Bases of Party Identification", *American Political Science Review*, 63: 5-25.
- Goldscheider, F. K. y Calvin G. (1993). *Leaving home before marriage: ethnicity, familism, and generational relationships*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Granovetter, M. (1973). "Strength of Weak Ties", *American Journal of Sociology*, 78: 1360-1380.
- Greenstein, F. I. (1965.) *Children and politics*. New Haven: Yale University Press.
- Grusec, J. E. y J. J. Goodnow (1994). "Impact of Parental Discipline Methods on the Childs Internalization of Values - a Reconceptualization of Current Points-of-View", *Developmental Psychology*, 30: 4-19.
- Halman, L., y R. Moor. (1994). "Individualización y cambio de valores en Europa y Norteamérica", in J. Díez-Nicolás y R. Inglehart (eds.), *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid: Fundesco, pp. 26-62.
- Harper, S. (2004). *Families in ageing societies: a multi-disciplinary approach*. Oxford: Oxford University Press.
- Heath, A. F., R. Jowell y J. Curtice (1985). *How Britain votes*. New York: Pergamon Press.
- Hepburn, M. A. (1995). "Revitalizing Political Socialization Research", *Perspectives on Political Science*, 24: 5-6.
- Hess, R. D. y J. Torney-Purta (1967). *The development of political attitudes in children*. Chicago: Aldine Pub. Co.
- Hyman, H. H. (1959). *Political socialization; a study in the psychology of political behavior*. Glencoe: Free Press.
- Inglehart, R. y H. D. Klingemann (1976). "Party Identification, Ideological Preference and Left-Right Dimension among Western Mass Publics", in I. Budge, I. Crewe, y D. Farlie (eds.), *Party Identification and Beyond: Representations of Voting and Party Competition*. New York: John Wiley, pp. 243-273.
- Jaime Castillo, A. M. (2000). "Familia y Socialización política. La Transmisión de Orientaciones Ideológicas en el Seno de la Familia Española",

Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 92: 71-92.

- Jaros, D., H. Hirsch, y F. J. Fleron (1968). "Malevolent Leader - Political Socialization in an American Sub-Culture", *American Political Science Review*, 62: 564-575.
- Jennings, M. K. (1983). "Gender Roles and Inequalities in Political-Participation - Results from an 8-Nation Study", *Western Political Quarterly*, 36: 364-385.
- Jennings, M. K. y K. P. Langton (1969). "Mothers Versus Fathers - Formation of Political Orientations among Young Americans", *Journal of Politics*, 31: 329-358.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1968). "Transmission of Political Values from Parent to Child", *American Political Science Review*, 62: 169-184.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1974). *The political character of adolescence: the influence of families and schools*. Princeton: Princeton University Press.
- Jennings, M. K. y R. G. Niemi (1981). *Generations and politics: a panel study of young adults and their parents*. Princeton: Princeton University Press.
- Kagan, J. (2003). "Biology, context, and developmental inquiry", *Annual Review of Psychology*, 54: 1-23.
- Kan, M. Y. y A. Heath (2003). "The Political Attitudes and Choices of Husbands and Wives", *Centre for Research into Elections and Social Trends Working Papers*.
- Knafo, A. y S. H. Schwartz (2003). "Parenting and adolescents' accuracy in perceiving parental values", *Child Development*, 74: 595-611.
- Kohlberg, L. (1981). *Essays on moral development*. San Francisco: Harper & Row.
- Lane, R. E. (1959). "Fathers and Sons - Foundations of Political Belief", *American Sociological Review*, 24: 502-511.
- Langton, K. P. (1969). *Political socialization*. Oxford: Oxford University Press.
- Leventoglu, B. (2005). "Social mobility and political transitions", *Journal of Theoretical Politics*, 17: 465-496.
- Maccoby, E. E., y J. A. Martin (1983). "Socialization in the Context of the Family", in H. Mussen y E. M. Hetherington (eds.), *Handbook of Child Psychology*. New York: Willey, p. 1-102.
- Markus, G. B. (1979). "Political Environment and the Dynamics of Public-Attitudes - Panel Study", *American Journal of Political Science*, 23: 338-359.

- Masters, R. D. (1984). "Human-Nature and Political-Theory - Can Biology Contribute to the Study of Politics", *Politics and the Life Sciences*, 2: 120-127.
- Masters, R. D. (1989). "Gender and Political Cognition - Integrating Evolutionary Biology and Political-Science", *Politics and the Life Sciences*, 8: 3-26.
- Mcclosky, H., y H. E. Dahlgren (1959). "Primary Group Influence on Party Loyalty", *American Political Science Review*, 53: 757-776.
- McDevitt, M. (2005). "The partisan child: Developmental provocation as a model of political socialization", *International Journal of Public Opinion Research*, 18: 67-88.
- Mcdonald, G. W. (1981). "Structural Exchange and Marital Interaction", *Journal of Marriage and the Family*, 43: 825-839.
- Merelman, R. M. (1986). "Revitalizing political socialization", in M. Hermann (ed.), *Political psychology*. San Francisco: Jossey-Bass, pp. 279-319.
- Merriam, C. E. (1931). *The making of citizens; a comparative study of methods of civic training*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Niemi, R. G. (1973). "Political Socialization", in J. N. Knutson (ed.), *Handbook of Political Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass, pp. 117-138.
- Niemi, R. G., R. Hedges, y M. K. Jennings (1977). "Similarity of Husbands and Wives Political Views", *American Politics Quarterly*, 5: 133-148.
- Niemi, R. G., R. D. Ross, y J. Alexander (1978). "Similarity of Political Values of Parents and College-Age Youths", *Public Opinion Quarterly*, 42: 503-520.
- Niemi, R. G., y B. I. Sobieszek (1977). "Political-Socialization", *Annual Review of Sociology*, 3: 209-233.
- Parsons, T. y R. F. Bales (1955). *Family, socialization and interaction process*. Glencoe: Free Press.
- Percheron, A. 1990. "Production et transmission des valeurs au sein de la famille", in VV. AA., *Du politique et du social dans l'avenir de la famille*. Paris: La Documentation Française, pp. 131-139.
- Percheron, A. y M. K. Jennings (1981). "Political Continuities in French Families - a New Perspective on an Old Controversy", *Comparative Politics*, 13: 421-436.
- Piaget, J. y M. Gabain. (1932). *The moral judgment of the child*. London: K. Paul, Trench, Trubner & Co.
- Piketty, T. (1995). "Social-Mobility and Redistributive Politics", *Quarterly Journal of Economics*, 110: 551-584.

- Prewitt, K. (1975). "Some Doubts About Political Socialization Research", *Comparative Education Review*, 19: 105-114.
- Renshon, S. A. (1977). *Handbook of political socialization: theory and research*. New York: Free Press.
- Rosenberg, S. W. (1985). "Sociology, Psychology, and the Study of Political-Behavior - the Case of the Research on Political-Socialization", *Journal of Politics*, 47: 715-731.
- Rosenthal, C. S., J. A. Rosenthal y J. Jones (2001). "Preparing for elite political participation: Simulations and the political socialization of adolescents", *Social Science Quarterly*, 82: 633-646.
- Ryder, N. B. (1965). "The Cohort as a Concept in the Study of Social-Change", *American Sociological Review*, 30: 843-861.
- Sapiro, V. (2004). "Not your parents' political socialization: Introduction for a new generation", *Annual Review of Political Science*, 7: 1-23.
- Searing, D. D., J. J. Schwartz y A. E. Lind (1973). "Structuring Principle - Political Socialization and Belief Systems", *American Political Science Review*, 67: 415-432.
- Searing, D., G. Wright y G. Rabinowitz (1976). "Primacy Principle - Attitude-Change and Political-Socialization", *British Journal of Political Science*, 6: 83-113.
- Sears, D. O., y N. A. Valentino (1997). "Politics matters: Political events as catalysts for preadult socialization", *American Political Science Review*, 91: 45-65.
- Shively, W. P. (1979). "Development of Party Identification among Adults - Exploration of a Functional-Model", *American Political Science Review*, 73: 1039-1054.
- Sigel, R. S. (1995). "New Directions for Political Socialization Research", *Perspectives on Political Science*, 24: 17-22.
- Tedin, K. L. (1974). "Influence of Parents on Political Attitudes of Adolescents", *American Political Science Review*, 68: 1579-1592.
- Thomson, E., S. S. McLanahan y R. B. Curtin (1992). "Family-Structure, Gender, and Parental Socialization", *Journal of Marriage and the Family*, 54: 368-378.
- Torney-Purta, J. (1995). "Psychological Theory as a Basis for Political Socialization Research", *Perspectives on Political Science*, 24: 23-33.
- Ventura, R. (2001). "Family political socialization in multiparty systems", *Comparative Political Studies*, 34: 666-691.
- Waite, L. J. y C. Bachrach (2000). *The ties that bind: perspectives on marriage and cohabitation*. New York: Aldine de Gruyter.

- Weiner, T. S. (1978). "Homogeneity of Political-Party Preferences between Spouses", *Journal of Politics*, 40: 208-211.
- Westholm, A. (1999). "The perceptual pathway: Tracing the mechanisms of political value transfer across generations", *Political Psychology*, 20: 525-551.
- Westholm, A. y R. G. Niemi (1992). "Political-Institutions and Political-Socialization - a Cross-National-Study", *Comparative Politics*, 25: 25-41.
- Zuckerman, A. S., J. Dasovic y J. Fitzgerald (2005). "How Family Networks affect the Political Choices of Boundedly Rational Persons: Turnout and Vote Choice in Recent British Elections", in Annual Meeting of the American Political Science Association.
- Zuckerman, A. S., L. A. Kotler-Berkowitz y L. A. Swaine (1998). "Anchoring political preferences: The structural bases of stable electoral decisions and political attitudes in Britain", *European Journal of Political Research*, 33: 285-321.
- Zuckerman, A. S. (2005). *The social logic of politics : personal networks as contexts for political behavior*. Philadelphia: Temple University Press.